

QUINTILLA.

Es mi nuevo fundamento
El Pilar, con circunstancia
Del rezo en el documento,
Que da gloria al argumento,
Por lo eficaz de la instancia.

GLOSA.

Ilustre arcópagó, el día
Que á tus piés te dedicaste,
A tu elevacion fundaste
Antigua basa en María;
Pero como docta y pia
Tu devocion va en aumento,
Crecen virtud y talento
Y pregona tu fortuna;
La piedra de esta colona
Es mi nuevo fundamento.
Sólo un heroico triunfante
Requisito le faltaba
Al Pilar, que se fundaba
Sobre una opinion constante;
Ya están por tu celo amante
Con premio tu vigilancia,
Nuestra fe con más constancia;
Y, si es del rezo el indulto
Circunstancia de su culto,
El Pilar, con circunstancia.
Catedrático dichoso,

Doctor ilustre, es agravio
No aclamar dos veces sabio,
Al que es sabio y fervoroso;
Tu espíritu religioso
¡Oh Aragón! nos presta aliento;
Tu aviso afine el portento
Que á España da gloria tanta,
Con que la victoria canta
Del rezo en el documento.
La nube que el sol ardiente
Finge medrosos desmayos,
Al disiparla sus rayos,
Crédito le da luciente.
Así al Pilar eminente
Ilustra débil intento
De eclipsar su lucimiento,
Viendo el que á la luz acuda
Trocada en prueba la duda,
Que da gloria al argumento.
Pero si tanto camino
En el aire que acrisola,
Por su nación española
Rompiendo esta imágen vino;
Si María la previno,
A pesar de la distancia,
Sólo para su ganancia,
No hay que dudar su asistencia,
Comprobando la influencia
Por lo eficaz de la instancia (1).

(1) No fueron premiados tampoco estos versos. (Nota del Colector.)

FRAY JUAN DE LA CONCEPCION (2).

AL REY DON FERNANDO EL SEXTO.

OCTAVAS (3).

Si nunca de Helicon en la corriente
Bañé mis labios, nunca del Parnaso
La siempre excelsa bi-partida frente
Tregar osé con diligente paso;
Si la sagrada inspiracion ardiente
Jamás solicité por ningun caso,
¡Qué súbito furor, qué nueva llama
El pecho anima, el corazón inflama?
¡Qué no esperado impulso misterioso
Hace que el labio duros grillos rompa,
Y que aplicado al cóncavo estruendoso
De bien cavada, retorcida trompa,
Al ámbito del aire vagoroso
Dé inspiraciones con sonora pompa,
Para que llegue el eco resonante
Al más opuesto clima, al más distante?
Pero ya mi discurso, recobrado
De aquel furente rapto del sentido,
La fatídica niebla ha disipado,
Y penetrar intenta lo escondido
De un afecto tan grande y elevado,
Y cual suele torrente reprimido
Romper su estrecha margental, deshecho,
Por el cauce del labio, brota el pecho.
Sin duda que el magnánimo, el prudente,
El constante, el afable, el religioso

(2) Véase lo que decimos de este famoso carmelita en el *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII.*

(3) Publicamos esta poesía, llena de los resabios de la decadencia, para que se vea que FRAY JUAN DE LA CONCEPCION, á pesar de su depravado gusto, tenía á veces entonación de poeta.

Príncipe ilustre, joven excelente,
Rama feliz de tronco tan dichoso,
De un trágico fatal breve accidente
Desterrado el asombro pavoroso
Que la faz eclipsó de toda España,
De brillante esplendor su esfera baña.
Fernando, en fin, el Sexto, á quien la fama,
Por timbre más excelso y clebado,
El ídolo de España le proclama,
Al trono real se mira destinado.
Ya le busca la gloria, ya le llama
Un vasto reino, espacio limitado,
Al que, en más dulce grato cautiverio,
En cada pecho logra un nuevo imperio.
Francia y España en emulada gloria,
Cada cual, no sin causa, pretendía
De Luises y Fernandos en la historia
Arrogarse el laurel que merecía;
La fama, de los cuatro á la memoria,
La política ensalza y la fe pia;
España venció en fin, pues en Fernando
De todos el trasunto está adorando.
El rugiente leon cuyo bramido
De la alta esfera el ámbito horroriza,
El sueño de sus miembros sacudido,
La garra extiende, la melena eriza;
A un lado y otro mira enfurecido,
Corona es la guedeja, que se riza,
Y al ver su bruta majestad severa,
Se estremece áun la más valiente fiera.
Todo es placer la tierra, todo el viento
Inspira blando salvas lisonjeras,
Enfrena el mar el impetu violento,
Cesa el graznido de aves agoreras;
La palpitante calma del contento
Ocupa áun á las almas más severas,

Y de modo se altera y se complace
El mundo, que parece que renace.
Aun el pequeño Manzanáres quiere,
De juncos y espadañas coronado,
Manifestar la dicha que hoy adquiere,
Pues habrá de ocupar su verde prado
Lusitana sirena, que prefiere
Al terno de las gracias de contado,
A quien el Istro y Tajo, por fortuna,
De nácar y coral labraron cuna.

Bárbara (1), digo, en cuyas alabanzas,
De la más veloz pluma es torpe el vuelo,
Aquella que un tesoro de esperanzas
Promete al mundo y retribuye al cielo.
Y en iguales equívocas balanzas,
Piedad y gentileza, ciencia y celo,
Sabe unir con esmero tan realzado,
Que en lo adquirido sobra lo heredado.

Feliz España, pues así asegura
La dicha, que hasta aquí la hizo triunfante,
Siendo á la duracion de su ventura
Paréntesis fatal un solo instante.
El curso de tus glorias apresura
La perezosa edad, para que amante,
En éxtasis fantástico, mi idea
Adivine lo mismo que desea.

Mas ya, de asombro y de respeto lleno,
Me parece que el caos tenebroso
De los hados rasgó su oscuro seno,
Y que un joven advierto, portentoso,
Que á bárbaras regiones pone freno,
Que de justicia y paz vive anheloso,

(1) La reina doña Bárbara de Braganza, esposa de Fernando VI.

Y que dar logrará, Jove segundo,
Freno al mar, ley al sol, envidia al mundo.
Y pues que tanta gloria habrá logrado,
En las delicias de un feliz reposo,
Hará que el labrador riya su arado,
Que halle premio á su afán el estudioso;
Colocando en el más sublime grado
Justicia y religion, porque dichoso,
Cerrando el templo del bifronte Jano,
Vuelva el siglo de Augusto y de Trajano.

Pero ¡adónde mi loca fantasía,
De un exceso de amor arrebatada,
Sin valladar intrépida corria,
La rienda del discurso desatada?
A la estrecha prision que la oprimia
Se vuelva ciegameamente enajenada,
Pues es para emprender tan arduo intento,
Sacrilega áun la voz del rendimiento.

Aquí es bien que, doblada la rodilla,
Lleno de asombro y miedo reverente,
Ante el monarca á quien rendido humilla
Uno y otro hemisferio la alta frente,
Busques, oh corazón, una sencilla
Disculpa en que tal vez grato y clemente,
Si á la memoria tu atencion reduces,
Ilumine tus sombras con sus luces.

Perdonad, gran señor, si inadvertido,
De mi lealtad y mi pasión llevado,
Al simulacro que adoré rendido
Con mi torpe expresion he profanado;
Y si es que tanto honor he merecido,
Sólo á tus piés, mi amor pide, postrado,
Que dando de deidad en todo indicio,
Mires la voluntad, no el sacrificio.

DON AGUSTIN DE MONTIANO Y LUYANDO.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en Valladolid, el 1.º de Marzo de 1697. Quedó huérfano en la niñez, y fué cariñosa y esmeradamente educado por su tío don Agustín Francisco de Luyando, regente de la audiencia de Mallorca, y más adelante fiscal del Consejo. Cultivó la poesía desde edad muy temprana, y en aquella era, infeliz para las letras, le granjeó alguna fama su poema en octavas *El robo de Dina*. A poco más de veinte años compuso un melodrama, titulado *La lira de Orfeo*, que fué cantado con aplauso en Palma de Mallorca, el año de 1719. Ocho años despues vino á Madrid, ya con cierta fama de aventajado cultivador de las letras. Su honradez y laboriosidad llamaron la atencion del ministro don José Patiño. Más adelante le confió éste en Sevilla, donde se hallaba á la sazón la corte, una comision delicada de carácter internacional, y el buen desempeño de don AGUSTIN GABRIEL le abrió las puertas de los honores y de los empleos del Estado. Llegó á ser Oficial mayor de la Secretaría de Estado, del Consejo de su majestad, su secretario en la cámara de Gracia y Justicia y Estado de Castilla, individuo de número de la Academia Española, consiliario en la Academia de San Fernando, y director perpétuo de la Academia de la Historia, de la cual fué el verdadero creador. Tambien contribuyó muy eficazmente á la fundacion de las academias de Buenas Letras de Barcelona y de Sevilla. Su nombre pasó con gloria á las naciones extranjeras. La Academia Imperial de Ciencias de San Petesburgo le envió espontáneamente (en 1759) el diploma de académico, y tambien le nombró individuo suyo la entonces famosa Academia poética de los Arcades de Roma, dándole el nombre de *Leghinto Dulichio*. Fué asimismo individuo de una academia que, algunos años ántes de su fallecimiento, fundaron los portugueses en Bahía de Todos-Santos.

En las academias Española (1) y de la Historia trabajó con incansable celo, y contribuyó, cual

(1) Fué admitido en la Academia Española el 6 de Marzo de 1736. Corrigió con suma diligencia el tomo VI del *Diccionario de autoridades de la lengua castellana*, desde el principio del tomo hasta el fin de la página 60.

ningun otro, al desarrollo y progreso de sus respectivos institutos. Era de esos hombres que encuentran tiempo para todo, porque saben metodizar su vida. La Academia de San Fernando consignó en sus actas, con las siguientes honrosas palabras, la memoria que dejó en ella este varon insigne.

«Perdió la Academia en su muerte, ocurrida en 1.º de Noviembre de 1764, uno de sus más celosos individuos. En los diez años que sirvió su consiliatura apenas hubo día en que no procurase hacerle algun servicio..... Su amor á la nacion, su genio afable, y la ternura de su razon, le ponian, en lugar de los hijos que le negó la naturaleza, á los pobres más desvalidos que frecuentaban estas aulas. Todos le conocian, y él conocia á todos. Los animaba, los atraia y les inspiraba la aplicacion, ya con liberalidades, ya con su natural dulzura y agasajo..... La oracion y las églogas con que añadió gracia y decoro á las distribuciones de los premios en los años de 1754, 1756 y 1763, son prueba, así de la perfeccion con que poseyó la oratoria y la poética, como del gozo con que las hacia servir en obsequio de esta Academia.»

C.

POESÍAS.

ÉGLOGA AMOROSA (1).

LISARDO.—PALEMON.

Por un monte poblado
De robles y de encinas,
Que dan sombra apacible al fresco suelo,
Baja precipitado,
De unas quebras vecinas,
El ruidoso caudal de un arroyuelo;
Bien que el rápido vuelo,
Tal vez entretenido,
Se extiende mansamente,
Hasta que ya el pendiente
Le vuelve á despedir del claro nido,
Derramándose undoso
Por el valle, que riega perezoso.
Aquí del verde aliso
Y el álamo copudo
La hermosa pompa se dilata y crece,
Y el pié sólo, que quiso,
Pero que nunca pudo,
Hollarle ó detenerle, lo padece;
Porque el cristal parece
Que con quejas desnuda
Del césped, que le calza,
La raíz, y que alza
Contra el tronco, que opone la piel ruda,
Su cristalina saña,
Que le hermosea más que no le daña.
Mil pájaros canoros
Saltan de rama en rama,
Y en mal distintas clases divididos,
Se responden sonoros;
Otros sobre la grama
Buscan el alimento divertidos;
Tambien con sus gemidos

(1) MONTIANO era muy dado á las églogas. Dos leyó en juntas solemnes de la Academia de San Fernando. El 5 de Octubre de 1747 leyó con aplauso en la Academia Española otra égloga (que conserva manuscrita este docto cuerpo), dividida en cuatro partes, con extension y trazas de poema. A estas églogas y á varias otras poesías líricas de MONTIANO que tenemos á la vista, preferimos la titulada *Égloga amorosa*, que hallamos autógrafa en las actas de la Academia del Buen Gusto. Aunque tiene más vigor y más vida de los que suele poner MONTIANO en sus versos, no la publicamos como dechado de inspirada y gallarda poesía, sino porque creemos que el carácter de la presente coleccion requiere que presentemos muestras, aunque no perfectas, de obras poéticas de varones insignes, que influyeron activamente por cualquier camino en la depuracion del idioma castellano y en el movimiento de nuestra historia literaria.

Esta observacion se refiere igualmente á algunas composiciones de otros poetas. (Nota del Colector.)

La tórtola procura,
En su viudez penosa,
Consolarse amorosa;
Y en fin, porque no falte á la hermosura
De un márgen y otro flores,
Se confunden fragancias y colores.
A este sitio llegaba
Lisardo, solo y triste,
La fresca tarde de un alegre día;
Su ganado guiaba,
A quien ya no resiste
Se esparza por el valle, mientras fia
Su gran melancolia
A suspiros y voces,
Que fueron escuchadas
De las ondas quebradas,
Y el eco fiel las repitió veloces;
Así, pues, pena tanta
Como le aflige, doloroso canta.

LISARDO.

Nunca para mí sea
Del sol la lumbre grata,
Ni me divierta este paraje ameno;
No su corriente vea
La fugitiva plata
Sin el llanto á que triste me condeno;
Ni del frondoso seno
Me llame dulcemente
La música sonora
De turba voladora,
Que no la escucha quien de véras siente;
Mis males den unidos
Todo el dolor á todos los sentidos.
Sírvenme de tormento
Lo que fuera alegría
En quien tuviese el corazon más sano;
Falte seguro asiento
Dentro del alma mia
A la delicia, que me busca en vano;
Aquel monte, este llano,
Deseado retiro
De amantes venturosos,
Me ofendan enojosos,
Si bien reparo, lo que escucho ó miro;
Pues en mi vida inquieta
Son torcedor que á la memoria aprieta.
El zagal, la pastora
Que finos se requieren,
Que con ternura fiel se corresponden,
La que rie, el que llora,
Cuando unidos inquietan
La pena ó gozo que en el pecho esconden,

A mi dolor responden;
Si pregunto afligido
Cómo templar pudiera
Tan constante gemido,
Tan duro afan, indignacion tan fiera:
Tú, me dicen, tú amaste,
Y de sufrir tan presto te olvidaste?
Mi silencio, que aprueba
La eficacia del cargo,
Con su misma inaccion se desanima;
La duda, que renueva,
De su dolor amargo,
Sólo á que sienta más le determina;
Si á discurrir se inclina
Para el alivio el medio,
Cuanto objeto parece
Que proporcion me ofrece,
Más distante descubre mi remedio;
Y así el hilo á que acudo,
Le rompo cuando pienso que le anudo.
El ave que ligera
Visita libremente
El valle, el monte, la espesura, el prado,
Mi envidia desespera
Al ver que felizmente
Consigue lo que falta á mi cuidado;
Ni quedo consolado
Si el cazador la insulta;
Que no siempre la muerte
Azar es de su suerte,
Y á mí jamás este rigor me indulta;
Y así en sentir convengo
Que goza libertad que yo no tengo.
El árbol, si desnudo
Padece la inclemencia
De la escarcha fatal, del cierzo frio,
Por más que el tiempo crudo
Le injurie con violencia,
La primavera aguarda y el estío,
Cuando con nuevo brío
Hojas y ramas viste;
No así yo, que tolero
Pesar, que nunca espero
Se alivie, aunque mi pecho le resiste;
Y es la mayor querrela,
Que esté con esperanza, ó yo sin ella.
La dura tez deshace
De la tierra el arado,
Y aun sus entrañas despedaza activo;
Pero fecunda nace
La espiga, y ve logrado
Cuanto buscó la industria y el cultivo;
Sólo yo no recibo
De mi sudor la paga,
El corazon perdido
Y el pecho compelido
Al afan, sin que en él se satisfaga;
Y á mí estrella lo imputo
Que me sobre el trabajo y falte el fruto.
En el anciano robre
El palomo amoroso
De su consorte los arrullos goza,
Y en el tálamo pobre,
Todo gusto y reposo,
Con la inocente dicha se alborozan;
No como yo solloza
O gime sin aliento,
Que da naturaleza
El premio á su fineza,
Sin la pension de un leve sentimiento.
¡Qué dolor más injusto
Que sufrir la memoria de mi gusto!
La hiedra trepadora
Con el olmo se enreda,
Los nudos estrechísimos doblando;
Sus verdores mejora,
Y entre las ramas queda
El triunfo de su union asegurando;
Mas yo, infeliz, llorando
Mi perdida ventura,
Sin arrimo que aliente
Mi vida, infaustamente

Con el ejemplo mi tormento dura,
Que aquellos firmes lazos
Acriminan el ocio de mis brazos.
La morada violeta,
Que humilde se asegura
Entre las verdes hojas donde vive,
Libre mano no inquieta
Su escondida ventura,
Ni del austro los impetus recibe,
Ni tiene quien la prive
De su contenta vida;
Y yo, misero, siento
Que no es mi abatimiento
Defensa á nuevo enojo ó nueva herida,
¡Oh desconsuelo! ¡oh saña!
¡Que la aproveche lo que á mí me daña!
Del peñasco eminente
Que más opuesto al Noto
Contra el desden del tiempo se amotina,
La no humillada frente
Baja á besar el soto,
Del duro rayo inevitable ruina;
De la nube vecina
Pensó romper el ceño
Con torpe resistencia,
Mas dobló su violencia
Con el contraste de tan vano empeño;
Que así ¡ay de mí! sucede
Al que provoca á quien vencer no puede,
En fin, todo me avisa,
Si todo lo reparo
Con la atencion prolija de mis males,
Mudanzas de Marfisa,
Mi triste desamparo,
Rigores á mi fuerza desiguales;
¡Qué aprovechais, leales
Pensamientos honrosos,
Si no acertais la cura
De tanta desventura?
Y tú, que á los más tristes, más quejosos,
Oh soledad, consueltas,
¡Por qué solo me afliges y desvelas?
¡Interesas, acaso,
En aumentar mis penas?
¡O estás por una ingrata cohechada,
Para que á cada paso
Se añada á mi cadena
Un eslabon que la haga más pesada?
Mas ¡ay! que está engañada
Mi destemplanza loca;
Tú no puedes burlarme,
Y yo para matarme
Tengo mucha pasion, fortuna poca;
Ciego error es el mio
Culparte y perdonar mi desvarío.
Tampoco al dulce dueño
De mi vida le acuso;
Necia hasta aquí se dilató mi queja;
Yo merecí el despeño,
Mi cólera me expuso
Al mal que ahora de mi bien me aleja;
Que una imprudencia deja
Tal vez sin esperanza
Al que nació infelice,
Y en vano contradice
A un justo enojo entónces la templanza;
Porque airada belleza
Gradúa de delito la fineza.
Si ofendida pastora,
Si irritada hermosura,
Yo erré, yo delinquí, yo solo he sido
Quien lo que más adora
Enojó, y su ventura
Acercó á los ultrajes de un olvido;
Y aunque ya, arrepentido,
A la piedad apelo,
Tarde, tarde la imploro,
Tarde suspiro y lloro,
Que está á mi voz ensoberdecido el cielo,
Marfisa mal vengada,
Y mi razon confusa y desmayada.
Prosigue, pues, prosigue

En despreciarme, y sea
Objeto de tus iras mi constancia;
Nunca el furor mitigue
Tu crueldad, nunca crea
Tu corazón mi fe, mi tolerancia;
Nunca ceda á mi instancia
Tu agraviada belleza,
Ni aunque te sirva amante,
Jamás un leve instante
Te obliguen mi cariño y mi fineza;
Sufra quien no ha sabido
Sus glorias conservar favorecido.
Mas ¡ay! que miente el labio,
Y el alma no quisiera
Que su bárbara voz obedeciese;
Sí, que culpa y agravio,
O perdonado fuera,
O en la memoria no le consintiese;
Que como tú vivieses
Sin la ofensa en los ojos,
Ni en el pecho la saña,
Fuera menos extraña
Mi terrible pasión en sus enojos;
Bastándole á mi muerte,
Sin otro horror, el ansia de perderte,
Ver que ya en aquel risco
No esperas, cual solias,
De mis corderos la feliz manada;
Ver que busca otro aprisco
La tuya, que querias
Junta al pacer y aun al dormir mezclada;
Ver que ya en la majada
No se recibe el voto
Con que mi fe sincera
Te obsequió la primera
A quien afable no pusiste coto;
Ver, en fin, tu mudanza,
Sobra para que pierda mi esperanza,
Sin ella este martirio
Crüel y riguroso
Me acabará, Marfisa, prestamente;
Presagio es el delirio
Que oprime sin reposo
La vida, que ya esfuerzo débilmente;
Que el dolor no consiente
Respiración sin susto,
Facultad sin flaqueza,
Consuelo sin tibieza,
Ni sin zozobra diversion ó gusto;
La plácida costumbre
Del sueño es ya molesta pesadumbre.
Tan como cierta espero
La ruina lamentable
Que, firme en mi turbada fantasía,
Pálido aspecto fiero
De sombra formidable
Trágico abulta la congoja mía.
Dirá la fama un día,
Cuando á los siglos cuente,
Por digna de memoria,
Mi lastimosa historia,
No sólo aquí, pero de gente en gente:
«De Lisardo el destino
Fue errar, le castigaron, murió fino.»
Así se lamentaba
El pastor afligido,
Cuando de entre unas peñas, donde atento
Palemon escuchaba
El eco dolorido,
Salió con mudo paso, torpe y lento,
Fiando el movimiento
Al trémulo cayado,
Y con serio semblante,
Vuelto al confuso amante,
De anciano estilo natural cuidado,
Sin afectar razones,
Profirió estas seguras expresiones.

PALEMON.

Jóven que neciamente
Al frenesí tirano
De amor te arrojas, por tu culpa ciego,

Huye de su inclemente
Poderlo inhumano,
No avives más con el suspiro el fuego;
Resuelve desde luego
Seguir el desengaño,
Que nadie sin hallarle
Se queda, si al buscarle
No le acobarda en el principio el daño;
Ese ardor mal nacido,
Quien le quiere extinguir le ve extinguido.
No que deidad se nombre,
Ni que su origen sea
De aquella, parto infame de la espuma;
No, Lisardo, te asombre,
Mentida es Citherea,
Como del niño infiel la alevé pluma;
Porque no se presume
Vil el comun defecto
Que á tantas almas vicia,
Le inventó la malicia,
Sagrada estirpe á tan sensual afecto;
Siendo sólo una llama,
Que con el humo lo que enciende infama,
Amor es aquel fiero
Implacable homicida,
Aquel duro, aquel bárbaro tirano
Que contra el libre fuero
Del alma y de la vida
Vierte fatal el tósigo inhumano;
Suya es aquella mano,
Que aplica, nunca escasa,
En el vaso que ofrece,
El fuego que entorpece,
O al contrario la nieve con que abrasa;
Pues ¡quién fundó esperanza
En dueño que no admite la templanza?
Un gusto pasajero,
Que nunca sin azares
Le tuvo el ménos triste, el más dichoso;
Un gusto que primero
Se ceba en los pesares,
Tardo en venir, llegando presuroso;
Un gusto que engañoso
No cumple lo que ofrece;
Y en fin, Lisardo, un gusto
Que más que en él se goza, se padece,
Te ha de vencer de modo
Que falte ya tu entendimiento en todo?
¿Qué tabla, por fortuna,
Constante y dilatada,
Adorna la pared del templo infame?
¿Cuándo pasión alguna
No acabó malograda?
¿Quién no gimió como de véras ame?
¿Qué verdad, aunque clame
La rabia, fué creída?
¿Qué ternura en el labio
Se libró de un agravio?
¿Qué beldad no olvidó lo bien servida?
¿Quién, en fin, sin desvelos,
Quién sin tristeza quiso? ¿Quién sin celos?
Vuelve, vuelve los ojos
Al antiguo ejercicio
Que te hizo señalado allá en la aldea;
No más locos despojos,
Ni injusto sacrificio
Al solo afán en que tu fe se emplea.
Yo sé lo que desea
Tu pasión atrevida,
Y sé que la hermosura
Que anhelas por ventura,
Está por propio dueño defendida;
Pues ¡qué intentas, qué quieres,
Si no es tuyo ese bien, cuando le adquieres?
¿Por ventura el deseo
Descubre mayor gloria
En vencer los rigores de una ingrata?
Yo, Lisardo, no veo
Que cifre esa victoria
Circunstancia que pueda serte grata,
Que el antojo combata
Con furor y osadía

Por floridos laureles,
Es de amantes noveles,
Pero empeñar el gusto y la porfía
Por ya marchitas hojas,
Es trofeo no digno de congojas.
Tú, que un tiempo mostraste
Tan altos pensamientos,
Que el más notado de la envidia fuiste,
¿Cómo, di, te olvidaste
De tus nobles intentos,
Y así á una torpe idea te rendiste?
No, amigo, no; desiste
De tan loco embeleso,
De tan injusta instancia,
De tan necia constancia,
Y ya que en tus pasiones el exceso
Le juzgues conveniente,
Sé amante, pero nunca delincuente.
Ea, Lisardo, vamos,
Sabrás en el camino
Lo que dictan mis canas y experiencia:
Buen material llevamos;
Que el cielo me previno
Tal vez para remedio á tu dolencia.
Esfuerza la paciencia,
Que no ha de estar ociosa,
Si aplicas, convencido,
A mi voz el oído;
Vamos, pues, que la sombra perezosa
Llega ya al horizonte,
Y el sol á las espaldas de aquel monte.

OCTAVAS (1).

(Premiadas en tercer lugar.)

No morirás, si estas enamorado,
Kostka divino, que consigue luego
La atendida eficacia del cuidado

(1) Damos á la estampa estas alambicadas octavas, no por su mérito poético, que no es grande, sino como curiosidad de historia literaria. Fueron escritas en 1727 con motivo de una *Justa Poética* celebrada en Murcia. El asunto está expresado en las siguientes palabras del programa:
«San Estanislao de Kostka, estando de huéspedes en casa de un hereje, cayó mortalmente enfermo, y no podía conseguir que le administrasen el viático... Un ángel le dió visiblemente la sagrada Comunión, y con ella la vida también del cuerpo... Desempeñen este caso los poetas en seis octavas. El primer premio será una bandeja de plata con dos garrafitas de cristal azul, boquillas y tapaderas de plata. El segundo un reloj de fañiquería, de plata, con su cademilla. El tercero una caja de tabaco, de marfil, con pintura y cristal, y dos pañuelos de seda.»

Alivio al mal cuanto atención al ruego;
Oféndate el hereje, que obstinado
La dicha intenta limitarte ciego;
Que así será tu afecto más ardiente,
Pronto el remedio y breve el accidente.
Vivias á merced de lo que amabas,
Porque de solo amar, Kostka, vivias,
Y capaz del objeto que adorabas,
Tanto como adorabas, entendias;
En el bien por quien tierno suspirabas,
Todo cuanto esperabas adquirias;
Con que á la vida, al noble entendimiento
Nutriste del benéfico alimento.
¿Cuánto yerra quien torpe te convida,
Por obsequiarte, con manjar grosero
En mesa del antojo presidida,
Pues para tí no es éste el verdadero!
Quien vive por comer, ése decida
Cuál gradúa en su aprecio de primero;
Tú comes por vivir, y así te adula
Banquete donde Dios sacia tu gula.
No al barro quebradizo permitiste
Licencias de señor; más advertido,
Al alma, que es divina, concediste
Dominar uno y otro infiel sentido;
Y como en tal estado la pusiste,
A más exacta obligación ceñido,
Sin repugnar de fácil ó de adusto,
Sólo la gracia satisfizo al gusto.
Bien quisiera el ardor que me posee,
Dilatarse en tu elogio, Kostka santo,
Pero es justo que débil titubee
Al descubrir en tí milagro tanto;
Mi voz, por más que plácida se emplee
En distinguirte, cederá al quebranto;
Sólo mi pasmo á tu virtud dirijo,
Si vive Cristo en tí, según colijo.
A tanto sacramento se acobarda
La inexperta osadía de mi pluma,
Y de respeto detenida ó tarda,
Reduce el curso á compendiosa suma;
Dios, á quien todo tu deseo guarda
En el altar del pecho, es bien presume
Discernir lo que vives, cómo y dónde;
Pues que fué tu comida, en él se esconde.

Alcanzó el primer premio fray Domingo Lopez, del orden de Predicadores. El segundo el célebre don Diego Cernadas, cura de Frumie. El tercero DON AGUSTIN DE MONTIANO.
Ya gozaba MONTIANO de cierta fama de poeta. Acababa de publicar su poema *El Rapto de Dina*. ¡Cuánto le mortificaría verse vencido por el cura de Frumie, uno de los malos copleros de aquel tiempo! (Nota del Colector.)

DON JUAN DE IRIARTE.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en el puerto de la Orotava ó de la Cruz, de la isla de Tenerife (Canarias), el 15 de Diciembre de 1702. A los once años de su edad (1713) le envió su padre á París para que allí recibiese una educación literaria esmerada. Dos años despues pasó á Ruan en compañía de Mr. Hely, amigo de su padre y antiguo cónsul de Francia en las islas Canarias. Fueron tan singulares los progresos de IRIARTE en todos sus estudios, y especialmente en los idiomas griego y latino, y aventajó de tal manera á todos sus condiscípulos, según declaración escrita de los mismos profesores franceses, que se juzgó indispensable enviar de nuevo á París al brillante alumno, para que perfeccionase su educación en el célebre colegio de *Louis-le-Grand*.

Ocho años consecutivos permaneció DON JUAN DE IRIARTE en este colegio, y allí adquirió la ins-